



IX Concurso
Nacional
de Cuento
para Bachilleres



Escribir
transforma



IX Concurso Nacional de Cuento para Bachilleres

Con el ánimo de promover el oficio de la escritura literaria en los jóvenes colombianos, el pregrado en Creación Literaria de la Universidad Central convoca todos los años a los estudiantes de último año de secundaria básica a participar en el IX Concurso Nacional de Cuento para Bachilleres, cuyo primer premio consiste en una beca del 50% del monto estimado para cursar la carrera de Creación Literaria en la institución.

Como un homenaje a la rigurosidad y dedicación de los autores, Hojas Universitarias abre esta adenda especialmente dedicada a la publicación de los cuentos que ocupan los tres primeros lugares, según informa el acta respectiva:

El jurado estuvo conformado por los escritores Juan Antonio Malaver, Alejandra Flórez, Nancy Malaver y Sergio González, y los resultados son los siguientes:

Primer puesto: el cuento “Alcanzar un cometa”, de Jasmín Valeria Insandar Álvarez, estudiante de la Institución Educativa Municipal Pedagógico de San Juan de Pasto, por ser un relato en el que destaca la consistencia narrativa, una sólida construcción de los personajes y una atmósfera pertinente a lo largo del cuento. Así mismo, el cuento presenta un buen desarrollo de la tensión narrativa, en cuya trama resalta el contrapunto entre el paso del cometa Halley como marco narrativo y la representación de la familia alrededor del patriarca. Finalmente, cabe también resaltar la adopción de la esperanza como un

elemento significativo en términos de la reconstrucción del sentido histórico familiar.

Adicionalmente, el jurado decidió otorgar las siguientes menciones especiales:

Primera mención: el cuento “La señorita de la Calle del Norte”, de Karoll Xiomara Amézquita Caviedes, estudiante del colegio Santa Ana de Fontibón, por consolidar una historia con un alto grado de originalidad, enmarcada en una atmósfera altamente estética y detallada. Aunado a lo anterior, el relato presenta un buen ritmo narrativo —toda vez que es ágil y logra atrapar al lector—, una excelente caracterización de los personajes y un buen manejo de la tensión.

Segunda mención: el cuento “Sobre el destino y las estrellas”, de Simón Soler Maya, estudiante del colegio Agustín Nieto Caballero de Bogotá, por ser un relato que recoge planteamientos ontológicos profundos que suscitan en el lector la reflexión sobre el destino como construcción propia. El autor establece una relación entre lo espiritual y el valor de las cosas elementales de la vida, en cuya atmósfera onírica se desarrollan los elementos del caminante y el viaje como fuerza de transformación ○

Alcanzar un cometa

Jasmín Valeria
Insandará Álvarez

Corrieron el telón de nubes, la luna no fue protagonista, sino encargada de la iluminación. El engranaje estelar marchó en favor de tres efímeras y enlutadas criaturas. Estáticas, sobre una colina coronada por un brote de roble, una madre y sus dos hijas contemplaban.

—Miren, el cometa Halley —señaló Lidia a su bebé, Raquel, y Carmen, que apenas veía a través de sus lágrimas. El astro apareció dando un salto espectacular, eterno en el espacio y efímero en el tiempo.

—Somos afortunadas al presenciarlo... Su papá no está, porque tuvo la suerte de alcanzarlo.

Raquel empezó ese domingo como siempre, tronó sus ancianos huesos estirándose, antes de levantarse al baño. Frente al espejo, se colocó la dentadura, las lentillas, acomodó en una trenza su melena plateada, pintó sus párpados de magenta y los labios de carmín. Se puso un vestido de seda, abrigo de armiño, sombrero de gamuza y deslumbrantes joyas. Ni la reina Isabel iba así ataviada. “Qué vanidad”, se burlaba de su reflejo, rizándose las pestañas.

A los setenta y seis, se movía con soltura. Sola cuidaba de sus mascotas, la vieja Sacha y el impertinente Bernardo, un loro vulgar que la había acompañado más de lo deseado.

—¡Con esas tortas y esa falda hasta mi pajarito canta!

—Grosero.

Bajaba ocho pisos hasta la calle, negándose a usar el elevador. Caminaba hasta el semáforo, le

compraba un periódico al joven Juan que, a diferencia de Bernardo, la alagaba cordial.

—Buen día, señora Raquel, está usted radiante esta mañana.

—¿Qué acontece en este lugar y época, que tuvimos la fortuna de coincidir?

Recibió el periódico, miró somera los encabezados, repasando aquel detalle que más apremiaba: “Domingo 9 de febrero, 1986”.

—¡Chico, ¿sabes qué día es?! —exclamó emocionada.

—¡¿Qué pasa?!

—¡El cometa Halley! No puede ser, tengo cosas que preparar...

—¿El qué?

—¡Ay, muchacho, qué simpleza! Eres afortunado de existir en esta época y de saberlo, pero ignoras para qué.

—Siempre está pasando algo. Yo, que vendo periódicos, lo tengo muy presente.

—Tú solo mira el cielo, si te lo pierdes, espera a tener noventa.

Pese al sobresalto, siguió. Cobró el subsidio, compró los víveres del día, intercambió chismes con los vecinos y fue a visitar a su madre en casa de su hermana.

Entró evitando al perro de Carmen, Lázaro, que le tenía un recelo incomprensible; la acechaba, esperando para emboscarla, intentando provocarle un infarto.

El paso del tiempo era devastador, evidente en el descuidado jardín, puertas y ventanas oxidadas, techos devorados por el musgo, los despojos de la mujer que una noche le mostró el cometa. Empequeñecida sobre una silla de ruedas, sin cabello ni razón en la cabeza. Una enfermedad invadió sus recuerdos, musgo sobre tejado. No reconocía a sus hijas en ese par de ancianas y olvidó el duelo por su esposo, lo llamaba, invocaba, esperándolo.

—¿Usted quién es?

—Soy Raquel, su hija.

—No, ella está aquí —dijo, levantando un chal enrollado entre sus brazos—... Nuestra niña, Roberto la adorará.

—Sí, usted cuenta que la quería demasiado, le decía “madame”, le contaba cuentos, la llevaba a todas partes... Me tuvo a su lado en su lecho de muerte.

—¿Sabes a dónde fue?

—Sí, con el cometa Halley, y hoy vuelve. Iremos a recibirlo.

—Es inútil —interrumpió Carmen—, nuestra madre cada vez se aleja más.

Sus ojos habían perdido el sentido, ventanas esmeriladas que enfatizaban su melancolía. Pero era muy terca, no aceptaba su discapacidad, ni que la cuidaran, o que alguien más cuidara a Lidia.

—Ella necesita recordar, lo hará cuando vea el cometa.

—Ella puede verlo aquí.

—No, debe ser como entonces. No ves que por las ventanas nada se ve, aparte de casas y edificios. Te envidio, eres indiferente al cambio, ves como recuerdas...

—Mamá no recordará por ver, no está para que la muevas.

Discutieron, Raquel insistía en llevársela, solo unas horas, unas cuerdas hasta la colina. Carmen se oponía, inflexible a sus súplicas y acusaciones.

—¿Será que no quieres que lo vea porque tú no puedes? —soltó, cortando la pelea. Se quedaron calladas, rumiando esas palabras—. Lo lamento.

—Yo también, eso fue cruel, pero tienes razón.

Raquel dijo que quería compensarla, le ofreció cuidar de Lidia esa tarde, en la casa, para que no se preocupara, y ella accedió de mala gana, confiada en esa voluntad, sin sospechar lo que planeaba.

Aseó a su madre, la vistió con los mejores trajes de Carmen, le acomodó un peluquín y la perfumó de lavanda. Guardó el frasco para perfumar la casa y confundir a su hermana, también encendió la radio.

Llevando la silla de ruedas, sorteó los obstáculos dispuestos con el decoro que una acumuladora ciega podía ofrecer; evitó estantes cojos cargados de porcelanas, cajas, macetas, chatarra, fisuras donde la madera tronaba, y a Lázaro, durmiendo atravesado en la sala, pero no pudo evitar que su desconcertada madre soltara un destemplado “¿a dónde vamos?”.

—¡Raquel! —bramó Carmen. Lázaro despertó y ella apuró el último tramo sin reparar en la integridad de los adornos del zaguán.

Las enredaderas trababan las ruedas, se montó tremenda persecución, Raquel cargando con la silla, su hermana con la ceguera, solo flanqueada gracias al bastón y a Lázaro, que iba emocionado por corretear a Raquel sin represalias.

—¡Muchacho, ayúdame! —le gritó a Juan cuando pasó el semáforo, y el pobre, en el susto, solo atinó a travesar su caja de periódicos. El perro pasó con un salto olímpico, mas su ama no tuvo esa facultad; quedó tendida sobre los papeles, pero se repuso de inmediato, agarró al perro y retomó la caza.

Quiso acuartelarse en su apartamento hasta que fueran horas, sabía que Carmen tenía formas para moverse y llegar a su puerta, pero confiaba en encontrar una manera de confundirla. Accedió a tomar el elevador, apurada por la proximidad de los ladridos, vio a su hermana cruzando el vestíbulo antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

—Cuídemela, cuñada —las saludó Bernardo una vez dentro. Al rato golpearon.

—¡Raquel, abre, sé que estás ahí! —bramaba Carmen, Lázaro no se quedaba atrás, alborotó a Sacha, iluminando a Raquel.

Guardó silencio, acomodó a su madre cerca de la entrada para ahorrar tiempo al huir. Abrió, Carmen se fue de bruces y casi la agarró, Sacha se lanzó contra Lázaro, armando un pandemónium que, junto al penetrante perfume, los desorientó.

—¡Adiós, guapa! —gritó Bernardo, delatando que salieron. Carmen dejó de dar manotazos al aire, agarró a Sacha dos veces antes de dar con su perro, y lo haló hacia afuera, maldiciendo entre dientes.

En sus setenta y seis años, Raquel destacó por ser caprichosa, la edad no combatió ese rasgo, lo acentuó. En esos momentos se hallaba descansando bajo la tupida hojarasca del joven roble, intentando comunicarse con su madre, aguardando impaciente al cometa.

—¡Tú...! —gruñó Carmen, con Lázaro. Raquel la miró tranquila, no temía al bastón enarbolado o al aspecto de su hermana, que delataba otras peripecias. Se había salido con la suya.

—Miren, el cometa Halley —señaló Lidia.

Carmen alzó los ojos por impulso, se resignó a la escena, disfrutando la fragante lavanda, escuchando atenta la descripción que le hacía Raquel, grabando cada estrella y detalle disparatado sobre el recuerdo.

—Es hermoso —suspiró.

—Adiós, papá —musitó Raquel ○

La señorita de la Calle del Norte

Karoll Xiomara
Amézquita Caviedes

Como una gran araña se abría paso ante pequeñas multitudes, llena de hilos, poseída por una inspiración magistral que mesmerizaba a quien tuviera el placer de verla; ella podía modular su garganta, instruida para crear un sinfín de voces que daban vida a cada marioneta danzante en escena. Se la había dotado de una maestría impecable, digna de la admiración de decenas de infantes, que, llevados por sus padres, aplaudían tras cada una de las obras que la señorita Esther traía.

Cualquiera que pensase en eso sentía algo de pena por ella, que bien podía usar su talento para adquirir un reconocimiento más amplio que el de un barrio y algunos curiosos que a veces invitaban a sus amigos de otras partes de la ciudad a aquel lugar en el que la señorita se esmeraba por llevar a cabo actos tan maravillosos, que costaba creer que se conformara con una mínima remuneración por ellos.

Era una mujer peculiar, descendiente de japoneses, con la piel pálida y casi amarillenta, extremidades largas y una mirada encantadora. Pero lo que llamaba más la atención era su particular manera de vivir, en una casa pequeña de las calles del norte. Quien entraba allí, podía saber sin conocerla que eso no era una casa, era más bien un teatro, también un taller, residencia de al menos dos docenas de marionetas hechas a mano por la propietaria.

Sus manos delicadas tallaban, pintaban, ponían hilos y perfeccionaban cada uno de los títeres que mostraba en sus representaciones, todos con un nombre distinto, y, aunque sabía que su público ya tenía varios

favoritos, como Jean Pierre, Margarita y el pequeño Max, ella seguía trayendo novedades cada vez que se le ocurría un nuevo guion, que ella misma escribía, memorizaba y dramatizaba en su pequeño teatro. Se trataba de una mujer tan solitaria y extraña como brillante.

—Señorita Esther —la llamaban los niños—, ¿podemos tocar sus marionetas?

Entonces ella pedía unos segundos de espera, para sacar al apuesto Jean Pierre, hacerlo caminar hacia el pequeño club de admiradores, tomarlos de las manos y brindarles un cálido saludo. En especial había un niño al cual le fascinaba quedarse allí hablando con Esther y sus marionetas, el hijo de los Andrade, girasol floreciente en el jardín del amor al arte, que miraba hacia donde quiera que existiera algo que le llamase la atención. No fue difícil para ella adivinar que la fascinación pueril por los actos de sus marionetas era heredada, cuando se encontró con los ojos del padre, tanto o casi igual de brillantes que los del pequeño al verla mover sus dedos para que el títere tuviera la facultad de cobrar vida propia.

—Señor Andrade —lo nombró—, ¿también quiere darle la mano a Jean Pierre?

Risas, ambiente cálido. El hombre se levantó de su asiento, dirigiéndose a la señorita que en ningún momento había dejado que su marioneta se mantuviese quieta. Agachándose casi a la altura del pequeño, tomó también la mano del muñeco que lo saludaba con agrado.

—Es usted muy amable, señorita Esther, por presentarme a tan magna celebridad; es un gusto, Jean Pierre.

Las palabras se intercambiaron, tan naturales y complacientes, que llevaron al señor Andrade a invitar a Esther a su casa, quizá allí podrían hablar con más calma y un té de por medio.

Esther accedió en esa ocasión y en varias más; se enteró de que el señor Andrade era pianista, su esposa enfermera, que el entorno en casa era muy bueno, tan diferente de su morada, en la que dormía en una cama pequeña, rodeada de marionetas, de las que se despedía cada noche antes de dormir, con las que cada fin de semana se divertía hablándoles acerca de sus nuevas ideas, de proyectos y demás. La calidez de un hogar en el que las palabras rebotaban, del marido a la mujer, a veces del niño hacia los padres, era algo encantador.

Había algo en la señorita Esther que hizo que el señor Andrade se apegara bastante a ella, quizá era la pasión compartida por el arte o el oído fino que le permitía deleitarse con las sinfonías de Tchaikovsky, que la misma titiritera solía poner de fondo en sus dramatizaciones, o quizá lo sencillo que era comunicarse con ella.

—Señorita Esther —le dijo una vez—, quiero hacerle una propuesta.

—Dígame —respondió ella, con el encanto de una niña.

—Trabajemos juntos en su próxima obra, usted hará su proceso con las marionetas y yo compondré una pieza que vaya específicamente con eso.

Los pequeños ojos negros de la mujer parecieron iluminarse, no dudó en aceptar la propuesta y mucho menos en comenzar a trabajar en el proyecto. El hombre le comentó con entusiasmo a su esposa lo que estaba emprendiendo, y en un principio la mujer se mostró dócil, prometiendo asistir al teatro casero de la señorita Esther cuando todo estuviera listo. El hijo estaba feliz.

Contraria a su marido, la señora Andrade no se sentía tan conmovida por el oficio de la mujer que habitaba aquella casa del norte, en el fondo la sentía tan excéntrica, que agradecía estar trabajando la mayoría de las veces en las que su esposo y aquella se reunían. Ese recelo crecía cada día, cada semana.

—Señorita Esther, la quiero mucho —pronunció el pequeño una vez frente a su madre, en una de las visitas de la señorita de la Calle del Norte a su morada.

La señora Andrade sintió que la sangre de su cuerpo se helaba completamente, el recelo se convirtió en odio, que, como una larva enorme, perforaba su organismo, engullía sus entrañas.

Finalmente, cuando el espectáculo colaborativo entre la titiritera y el pianista fue representado, aquella larva incrustada en el cuerpo de la señora Andrade ya lograba dominarla por completo. Sentía celos al ver la sonrisa en el rostro de su marido, tristeza al pensar que aquella mujer le había arrebatado también a su hijo. Se cansó.

En la tarde, casi llegada la noche, la visita de la señorita Esther estuvo acompañada por la familia entera, los adultos brindaron con vino, el pequeño con un vaso de jugo.

—Esther —la señora Andrade se dirigió a ella—, ¿le gustaría cenar aquí esta noche? Luego puedo llevarla a su casa, tengo turno en el hospital más tarde y puedo dejarla en el camino.

Aquella no pudo negarse a la invitación. Le resultó agradable compartir con la familia hasta que fue hora de cenar. La esposa cocinó, aunque ninguno allí presente sospechó de la malicia que la invadía. Y es que se le ocurrían tantas cosas: un incendio, apuñalarla en su casa, quizá llevársela lejos y tirarla en un río, pero se conformó con algo mucho más sencillo.

La señorita Esther cenó y fue llevada a su casa. Pero nunca más volvió a abrir las puertas de su pequeño teatro ni a darle vida a Jean Pierre o a Margarita. Luego de tres días se encontró su cadáver en la sala con rastros de veneno en su tracto digestivo; después de todo, el envenenamiento es el método por excelencia de las mujeres celosas ○

Sobre el destino y las estrellas

Simón Soler Maya

Un viajero agotado desempaca todos sus corotos y se sienta debajo de un caballero de la noche a contemplar las estrellas, reconociendo las constelaciones y astros mientras muerde una manzana: Casiopea, Perseo, Orión, el cúmulo de las Siete hermanas, entre otras.

Y a medida que la manzana se va acabando y con ella sus conocimientos de astronomía, el viajero se va acomodando.

Ahí, acurrucado, contemplando los puntos blancos en el vacío y oscilando entre el ser o no ser, rompe en lágrimas, blandiendo su puño y quejándose por su desesperanza.

—¡Estoy perdido! He viajado tanto que ya no sé cuál es mi destino. He visto tanto que ya no encuentro paz en la penumbra. Mi corazón confundido ya no sabe en dónde pisar y mi mente parece una barca agrietada que ya cede ante la sal del mar. ¿Qué debo hacer para encontrar el paraje que calmará mi marea?

Tan pronto como los sollozos del viajero quiebran su voz, el cielo empieza a cambiar de forma, y el piso a vibrar tímidamente como la reverencia de un sismo antes de comenzar su acto. Orión, quien antes se encontraba estático, cobra vida, y soltando su garrote y escudo, se incorpora, usando su mano como una red encapsula a las pléyades. Caminando sobre el aire desciende a la tierra firme. Finalmente, frente al viajero, se acomoda el cinturón y responde a su llanto.

—Podrás conocer cada rincón del mundo, haber capturado cada atardecer, olido cada olor. Sin embargo, no encontrarás la paz. Si piensas que la realización

consiste en atiborrarse de lo visto y vivido, estás equivocado. Ninguno de los procederes de la vida tiene un avanzar, si dar el más mínimo paso no causa ningún cambio en ti.

Lo aprendido en nombres, conceptos y teorías no vale, si no se aplican al diario vivir; se vuelven tan solo una maleta como la que cargas a todos lados, te sofoca. Igual que una rama rígida, te agrietarás. Suelta aquellas concepciones ajenas que se arman por retazos y comprenderás el todo.

El viajero, aterrado y desorientado, se queda inmóvil, con un nudo en la garganta sabor a manzana; aunque solo hayan sido uno o dos minutos, a él le parecía una eternidad. Finalmente, y aún con el sudor frío del temor que siente, grazna:

—¿Qué eres?

—Tan solo soy la respuesta a las inquietudes que corroen tus entrañas, estoy aquí para mostrarte más allá del velo que has llevado como unas anteojeras durante tu travesía.

Orión abre su mano, tres de las siete hermanas se elevan. Comienzan a revolotear formando un infinito en frente del trotamundos.

En ese instante, el viajero se despliega en dos, su conciencia se encuentra flotando. Pero su cuerpo se desdibuja de la escena. Las tres hermanas le habían revelado algo, porque su conciencia empieza a ver todos aquellos supuestos que lo enraízan al pasado. Ve todos aquellos pesares, acciones y decisiones que habían marcado el rumbo de su vida como diapositivas en una presentación.

Poco a poco va comprendiendo el porqué general de su pensar y va soltando su pesar, soltando sus maletas. Entiende así toda la obra, y no solo las pinceladas que él creía ver.

El viajero, perplejo, se da cuenta de la razón de su continua monotonía en el pasado. ¡Por fin había entendido! Aun cuando no lo puede creer, no piensa minimizarlo, sino que abraza esa enseñanza con todas sus fuerzas.

El impacto es tal que solo deja que su lengua replique aquel evento, que en su cabeza repite una y otra vez lleno de gozo.

—Ya estoy listo para volver a mi cuerpo y soltar el cargo de mis hombros, pues yo soy quien acentúa ese peso dándole importancia y valor a las cosas que llevo como yugo en mi espalda. Toda mi vida he destacado mi pasado y sobre este he reteñado mi futuro. Han sido

aquellos ladrillos que he cargado en mi espalda los que me han impedido sobrevolar las piedras en mi camino.

Orión sonríe y, abriendo su mano, se alzan otras tres estrellas, dejando solo una en su poder. Después de una breve pausa, replica:

—Aunque eres consciente del peso que has cargado durante tus viajes, sigues ignorando el poder de recorrer los senderos que deseas, por eso mismo te ensañas en seguir adelante y no te molestas en valorar tus alrededores. Crees recorrer el sendero por libre elección, pero el sendero camina sobre ti. Cuando seas consciente del poder que tienes, no sentirás el ansia de llegar a algún lugar, porque en definitiva estarás al ritmo de tu fuego.

Las tres lucecitas se mezclan con la conciencia del viajero y así, siendo ahora una nebulosa que parpadea dispareja, ve el poder engarzado en las almas de la gente, el fuego que hace funcionar los motores como si se encontrara en un altar con tantas velas como gentes hay en el mundo, palpitando y chasqueando, diciendo “todavía sigo aquí”.

En ese instante, la conciencia del viajero llena de vigor vuelve a su cuerpo respectivo para dirigirse a Orión, y por primera vez, como embrujado, se llena de calma, de paz.

—Gracias, maestro, ahora tengo la fuerza y la ligereza para seguir andando por mi camino.

Orión le acerca la última estrella.

—Ahora que ya has aprendido aquello que la vida misma te ha musitado desde siempre, es hora de que encares tu destino. Este es el final del sendero, esta es tu parada de tren. Todo lo que has enfrentado a lo largo de tu vida te ha llevado hasta este momento.

El viajero, desconcertado, le responde:

—¿Ese es el final? ¿Esta fue mi vida?

Orión, confundido, añade:

—Es lo que has estado buscando. Este es tu momento.

El viajero se queda fermentando sobre la última estrella.

Finalmente sonríe, agarra sus corotos y se va caminando por entre los árboles.

El viajero rechaza su destino ○